Resuélvese la continuacion de la guerra, y que se tomen puestos dentro de la ciudad, avanzando los trozos hasta el Tlateluco.

Vinieron todos en que se continuase la guerra sin desamparar el asedio : y Hernan Cortés, que acabó de conocer en el suceso antecedente lo que padecia en aquellas retiradas, espuestas siempre á los últimos esfuerzos de los Mejicanos, resolvió que reforzando la guarnicion de los cuarteles y de la plaza de armas, se acometiese de una vez por las tres calzadas, para tomar puestos dentro de la ciudad : los cuales se habian de mantener á todo riesgo, procurando avanzar cada trozo por su parte, hasta llegar á la gran plaza de los mercados, que llamaban el Tlateluco, donde se unirian las fuerzas, para obrar lo que dictase la ocasion. Estuviera mas adelantada la empresa, ó conseguida enteramente, si se hubiera tomado en el principio esta resolucion ; pero es tan limitada la humana providencia, que no hace poco el mayor entendimiento en lograr la enseñanza de los malos sucesos, y muchas veces necesita de fabricar los aciertos sobre la correccion de los errores.

Enseñan los malos sucesos el arte de la guerra.

CAPITULO XXIV.

Hácense las tres entradas á un tiempo, y en pocos dias se incorpora todo el ejército en el Tlateluco. Retírase Guatimozin al barrio mas distante de la ciudad : y los Mejicanos se valen de algunos esfuerzos y cautelas para divertir á los Españoles.

Hácense las tres entradas á un tiempo.

Prevenidos los víveres, el agua, y lo demas que pareció necesario para mantener la gente dentro de una ciudad donde faltaba todo, salieron los tres capitanes de sus cuarteles el dia señalado al amanecer : Pedro de Alvarado por el camino de Tacuba : Gonzalo de Sandoval por el de Tepeaquilla : y Hernan Cortés, con el trozo de Cristoval de Olid, por el de Cuyoacan, llevando cada uno sus bergantines y canoas por los costados. Halláronse las tres calzadas en defensa, levantadas las puentes, abiertos los fosos, y con tanta sobra de gente, como si fuera este dia el primero de la guerra ; pero se venció aquella dificultad con la misma industria que otras veces, y á costa de alguna detencion llegaron los trozos á la ciudad con poca diferencia de tiempo. Ganáronse brevemente las calles arruinadas, porque los enemigos las defendian con flojedad, para retirarse á las que tenian guarnecidos los terrados. Pero los Españoles trataron el primer dia de formar sus alojamientos, fortificándose cada trozo en su cuartel lo mejor que fué posible con las ruinas de los edificios, y fundando su mayor seguridad en la vigilancia de sus centinelas.

Estaban en defensa las tres calzadas.

Gánanse las calles arruinadas.

Acuartélanse los trozos dentro de la ciudad.

Turbacion de los Mejicanos.

Causó esta novedad grande turbacion y desconsuelo entre los Mejicanos : desarmóse la prevencion que tenian hecha para cargar la retirada : corrió la voz, engrandeciendo el peligro, y apresurando los remedios : acudieron los nobles y ministros al palacio de Guatimozin, y á instancia de todos se retiró aquella misma noche á lo mas distante de la ciudad. Continuáronse las juntas, y hubo diversos pareceres, desalentados ó animosos, segun obedecia el entendimiento á los dictámenes del corazon. Unos querian que se tratase desde luego de poner en salvo la persona del rey, sacándole á parage mas seguro : otros, que se fortificase aquella parte de la ciudad que ocupaba la corte : y otros, que se intentase primero desalojar á los Españoles, obligándolos á ceder la tierra que habian ocupado. Inclinóse Guatimozin al consejo de los mas valerosos ; y escluyendo el desamparar la ciudad, con resolucion de morir entre los suyos, ordenó que al amanecer se acometiese con todo el resto á los cuarteles enemigos : para cuyo efecto juntaron y distribuyeron sus tropas, con ánimo de aplicar todas sus fuerzas al esterminio de los Españoles. Y poco despues que se declaró la mañana, se dejaron ver de los tres alojamientos, donde llegó primero el aviso de sus prevenciones ; y la artillería que mandaba las calles hizo tan riguroso estrago en su vanguardia, que no se atrevieron á ejecutar la órden que traian ; ántes se desengañaron brevemente de que no era posible su empresa ; y sin llegar á lo estrecho del ataque, dieron principio á la fuga con apariencias de retirada : cuyo movimiento, espacioso y remiso por la frente, dió lugar á los Españoles para que avanzasen hasta medir las armas : y sin mas diligencia que la que hubieron menester para seguir el alcance, quedó roto el enemigo, y mejorado el alojamiento de la noche siguiente.

Retírase Guatimozin al barrio mas distante.

Varios pareceres de sus ministros.

Toma Guatimozin el consejo mas brioso.

Resuelven el ataque de los cuarteles.

Pierdense los Mejicanos en los tres asaltos.

Entróse despues en mayor dificultad : porque fué necesario caminar arruinando los edificios, batiendo los reparos, y cegando las aberturas de las calles ; pero en uno y otro se procuró ganar el tiempo, y en ménos de cuatro dias se hallaron los tres capitanes á vista del Tlateluco, á cuyo centro caminaban por líneas diferentes.

Caminan los Españoles por las calles interiores.

Fué Pedro de Alvarado el primero que llegó á poner los pies dentro de aquella gran plaza, donde intentaron doblarse los enemigos que llevaba cargados ; pero no se les dió lugar para que lo consiguiesen, ni era fácil pasar á la operacion desde la fuga : y al primer combate desampararon el puesto, retirándose confusamente á las calles de la otra banda. Reconoció entónces Pedro de Alvarado que tenia cerca de sí un grande adoratorio, cuyas gradas y torres ocu-

Pedro de Alvarado entra primero en el Tlateluco.

paba el enemigo : y con deseo de asegurar las espaldas, envió algunas compañías para que le asaltasen y mantuviesen, lo cual se consiguió sin dificultad : porque los defensores trataban ya de retirarse con el ejemplo de los suyos. Redujo luego á un escuadron toda su gente para disponer su alojamiento, y mandó hacer en lo alto del adoratorio algunas ahumadas, para dar aviso á los demas capitanes del parage donde se hallaba, ó para solicitar con aquella demostracion el aplauso de su diligencia.

Gana un adoratorio.

Llegó poco despues el trozo que gobernaba Cristoval de Olid y mandaba Hernan Cortés : y la multitud que desembocó en la plaza, huyendo el avance de su gente, dió en el escuadron que formó con otro intento Pedro de Alvarado, donde perecieron casi todos, combatidos por ambas partes : y sucedió lo mismo á los que rechazaba en su distrito Gonzalo de Sandoval, que tardó poco en arribar al mismo parage.

Llega poco despues Hernan Cortes.

Mueren muchos Mejicanos.

Llega Sandoval, y se unen los tres trozos.

Los que se habian retraido á las calles que miraban al resto de la ciudad, viendo unidas las fuerzas de los Españoles, huyeron desalentados á guardar la persona de su rey, creyendo que se hallaban ya en el último conflicto, con que se pudo tratar del alojamiento sin oposicion : y Hernan Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles que se dejaban atras, para tener seguras las espaldas : y dispuso que los bergantines, con sus canoas, cuidasen de correr el distrito de las tres calzadas, avisando en diligencia de cualquiera novedad que mereciese reparo.

Alójase el ejército.

Fué menester al mismo tiempo desembarazar la plaza de los cadáveres mejicanos, para cuyo efecto señaló algunas tropas de Indios confederados que los fuesen echando en las calles de agua mas profundas, con cabos españoles que no los dejasen escapar con la carga miserable, para celebrar aquellos banquetes de carne humana, que daban la última solemnidad á sus victorias : y con todo este cuidado, no fué posible atajar por la raiz el inconveniente; pero se remedió el esceso, y se pudo componer la tolerancia con la disimulacion.

Multitud de cadáveres mejicanos.

Cuidado de Cortés en el modo de retirarlos.

Vinieron aquella noche diferentes cuadrillas de paisanos, poco ménos que difuntos, á dar su libertad por el sustento : y aunque se llegó á sospechar que venian arrojados como gente inútil que no podian sustentar, hicieron compasion á todos ; y Hernan Cortés, que ya no esperaba del asedio lo que se prometia de sus manos, ordenó que se les diese algun refresco, para que saliesen á buscar su vida fuera de la ciudad.

Cuadrillas de paisanos que venian á rendirse.

Por la mañana se vieron llenas de Mejicanos las calles de su distrito; pero vinieron solamente á cubrir el trabajo de otras fortificaciones en que habian discurrido para defender la última retirada : y Hernan Cortés, viendo que no acometian ni provocaban, suspendió la entrada que tenia resuelta, porque deseaba repetir la instancia de la paz : teniendo entónces por verisimil que se rindiesen á capitular, ó conociesen por lo ménos que no era su intento destruirlos, pues ofrecia partidos, unida su gente, y teniendo á su disposicion la mayor parte de la ciudad. Llevaron esta embajada tres ó cuatro prisioneros de los mas principales, y se aguardó la respuesta, no sin esperanza de que hacia fuerza la proposicion ; porque se retiró enteramente la multitud que solia concurrir á la defensa de las calles.

Déjanse ver los enemigos en las calles.

Repite Cortés la instancia de la paz.

Era el distrito que ocupaba Guatimozin con sus nobles, ministros y militares un ángulo muy espacioso de la ciudad, cuya mayor parte aseguraba la vecindad de la laguna; y por la otra, que distaba poco del Tlateluco, tenian cerradas todas las avenidas con una circunvalacion de paredes ó murallas de tablazon y fagina, que se daban la mano con los edificios, y tenian delante un foso de agua profunda, que abrieron casi á la mano, haciendo cortaduras en las calles de tierra para dar corriente á las acequias. Entró Hernan Cortés el dia siguiente con la mayor parte de los Españoles á reconocer el parage que desamparó el enemigo : y llegó á vista de sus fortificaciones, cuya línea se halló coronada por todas partes de innumerable gente, pero con señas de paz, que se reducian á callar el toque de sus instrumentos y la irritacion de sus voces. Repitióse otras veces esta diligencia de acercarse los Españoles sin ofender ni provocar : y se conoció que tenian ellos la misma órden, porque bajaban siempre las armas, dando á entender con el silencio y la quietud que no les eran desagradables los tratados que ocasionaban aquel género de tregua.

Distrito que ocupaba Guatimozin.

Fortificaciones con que le aseguraban.

Reconócelas Cortés, y halla señas de paz.

Pero al mismo tiempo se hizo reparo en los esfuerzos con que procuraban esconder la necesidad que padecian, y ostentar que no deseaban la paz con falta de valor. Poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas de maiz al pueblo, para que se creyese que les sobraba el bastimento : y salian de cuando en cuando algunos capitanes á pedir batalla singular con el mas valiente de los Españoles; pero duraban poco en la instancia, y se volvian á recoger, tan ufanos del atrevimiento, como pudieran de la victoria.

Esfuerzos de los sitiados para ocultar su necesidad.

Piden batalla singular con algun Español.

Uno de estos se acercó al parage donde se hallaba Hernan Cortés, que parecia hombre de cuenta en los adornos de su desnudez, y eran sus armas espada y

Arrogancia con que la pidió un Mejicano.

rodela, de las que perdieron los Españoles sacrificados. Insistia con grande arrogancia en su desafío: y cansado Hernan Cortés de sufrir sus voces y sus ademanes, le hizo decir por su intérprete: « Que trujese otros diez como él, y « permitiria que pasase á batallar con todos juntos aquel Espa- « ñol: » señalando á su page de rodela. Conoció el Indio su desprecio; pero sin darse por entendido, volvió á la porfia con mayor insolencia: y el page, que se llamaba Juan Nuñez de Mercado, y seria de hasta diez y seis ó diez y siete años, persuadido á que le tocaba el duelo, como señalado para él, se apartó del concurso disimuladamente lo que hubo menester para lograr su hazaña sin que le detuviesen: y pasando como pudo el foso, cerró con el Mejicano, que ya le aguardaba prevenido; pero recibiendo en la rodela su primer golpe, le dió al mismo tiempo una estocada con tan briosa resolucion, que sin necesitar de segunda herida, cayó muerto á sus pies. Accion que tuvo grande aplauso entre los Españoles, y mereció á los enemigos igual admiracion. Volvió luego á los pies de su amo con la espada y la rodela del vencido: y él, que se pagó enteramente de su temprano valor, le abrazó repetidas veces; y ciñéndole de su mano la espada que ganó por sus puños, le dejó confirmado en la opinion de valiente, y admitido á las veras de otra edad en las conversaciones del ejército.

Lo que le respondió Cortés.

Mátale Juan Nuñez de Mercado su page.

Hónrale Cortés.

En los tres ó cuatro dias que duró esta suspension de armas, hubo frecuentes conferencias entre los Mejicanos sobre la proposicion de la paz. La mayor parte de los votos queria que se admitiesen los tratados, conociendo el estado miserable á que se hallaban reducidos: y algunos clamaban por la continuacion de la guerra, fundado interiormente su parecer en el semblante de su rey; pero aquellos sacerdotes inmundos, que votaban mandando, como intérpretes de sus dioses, fortalecieron el bando menor, mezclando las ofertas de la victoria con misteriosas amenazas, dichas á manera de oráculos: por cuyo medio encendieron los ánimos, haciéndolos partícipes de su furor, con que votaron todos á una voz que se volviese á las armas: y Guatimozin lo resolvió en la misma conformidad, calificando su obstinacion con la obediencia de los dioses. Pero mandó al mismo tiempo que ántes de romper la tregua, saliesen todas las piraguas y canoas á una ensenada que hacia la laguna por aquella parte de la ciudad, para tener prevenida la retirada, caso que se llegasen á ver en el último aprieto.

Conferencias de los Mejicanos sobre la paz.

Resuelven volver á las armas.

Prevencion de piraguas y canoas enemigas.

Ejecutóse luego esta órden: y fueron saliendo á la ensenada innumerables embarcaciones, sin otra gente que la necesaria para los remos: de cuya novedad avisaron á Hernan Cortés los Españoles de la laguna; y él conoció luego que hacian aquella prevencion los

Mejicanos para escapar con la persona de su rey, dejando pendiente la guerra, y litigiosa la posesion de la ciudad. Nombró con este cuidado por general de todos los bergantines á Gonzalo de Sandoval, para que sitiase á lo largo la ensenada, tomando por su cuenta los accidentes de aquella surtida: y poco despues movió su ejército con ánimo de acercarse á las fortificaciones, y adelantar la resolucion de la paz con las amenazas de la guerra. Pero los enemigos tenian ya la órden para defenderse, y ántes que llegase la vanguardia, publicaron sus gritos el rompimiento del tratado. Dispusiéronse al combate con grande osadía, y á breve rato se conoció que iba desmayando su orgullo: porque al esperimentar el destrozo que hicieron las primeras baterías en aquella frágil muralla que tenian por impenetrable, se desengañaron de su peligro: y segun parece, avisaron de él á Guatimozin; porque tardaron poco en hacer llamada con lienzos blancos, repitiendo á voces el nombre de la paz.

Sale Sándoval con todos los bergantines.

Asalta Cortés las fortificaciones del enemigo.

Dióseles á entender por los intérpretes que podrian acercarse los que tuviesen que proponer de parte de su príncipe: y con esta permision se presentaron á la otra parte del foso cuatro Mejicanos en trage de ministros, los cuales, hechas con afectada gravedad las humiliaciones de su costumbre, dijeron á Cortés: « Que la magestad suprema del po- « deroso Guatimozin, su señor, los habia nombrado « por tratadores de la paz, y los enviaba para que « oyendo al capitan de los Españoles, volviesen á informarle de lo « que se debia capitular en ella. » Respondió Hernan Cortés: « Que la paz era el único fin de sus ar- « mas; y aunque pudieran ellas dar entónces la ley á los que tar- « daban tanto en conocer la razon, venia desde luego en abrir la « plática, para que se volviese al tratado. Pero que materias de « semejante calidad se ajustaban dificultosamente por terceras « personas: y así era necesario que su príncipe se dejase ver, ó « por lo ménos se acercase con sus ministros y con- « sejeros, por si hubiese alguna dificultad que nece- « sitase de consulta, puesto que se hallaba con ánimo de venir « en cuantos partidos no fuesen repugnantes á la superior autori- « dad de su rey; á cuyo fin le ofrecia con empeño de su palabra, « y añadió la fuerza del juramento, que por su parte, no solo « cesaria la guerra, pero se procurarian lograr en su obsequio « todas las atenciones que mirasen á la seguridad y al respeto de « su persona. »

Vienen Mejicanos á proponer la paz.

Su proposicion.

Respuesta de Cortés.

Que se deje ver su príncipe.

Retiráronse con este mensage los enviados, satisfechos, al parecer, de su despacho; y volvieron aquella misma tarde á decir: « Que su príncipe vendria el dia si- « guiente con sus criados y ministros á escuchar

Ofrece Guatimozin acercarse.

« desde mas cerca los capítulos de la paz. » Era su intento entretener la conferencia con varios pretestos, hasta que se acabasen de juntar sus embarcaciones, para ejecutar la retirada que ya tenian resuelta: y así volvieron á la hora señalada los mismos enviados, suponiendo que no podia venir Guatimozin hasta otro dia, por un accidente que le habia sobrevenido. Alargóse despues el plazo con pretesto de ajustar algunas condiciones en órden al sitio y á la formalidad de las vistas; y últimamente se pasaron cuatro dias en estas interlocuciones, y se conoció mas tarde que debiera el engaño. Pero Hernan Cortés creyó que deseaban la paz, gobernándose por el estado en que se hallaban: tanto, que tuvo hechas algunas prevenciones de aparato y ostentacion para el recibimiento de Guatimozin; y cuando supo lo que pasaba en la laguna, quedó avergonzado interiormente de haber mantenido su buena fe sobre tantas dilaciones, y prorumpió en amenazas contra el enemigo, sirviéndose de la cólera para ocultar su desaire, y hallando, al parecer, alguna diferencia entre las dos confesiones de ofendido y engañado.

Era su intento escapar de la ciudad.

Vienen Mejicanos á entretener la platica.

Conócelo Cortés, y siente la burla.

CAPITULO XXV.

Intentan los Mejicanos retirarse por la laguna. Pelean sus canoas con los bergantines, para facilitar el escape de Guatimozin: y finalmente se consigue su prision, y se rinde la ciudad.

Llegó el dia que señaló Hernan Cortés por último plazo á los ministros de Guatimozin, y al amanecer reconoció Gonzalo de Sandoval que se iban embarcando con grande aceleracion los Mejicanos en las canoas de la ensenada. Puso luego esta novedad en la noticia de Cortés: y juntando los bergantines que tenia distribuidos en diferentes puestos, se fué acercando poco á poco para dar alcance á su artillería. Moviéronse al mismo tiempo las canoas enemigas, en que venian los nobles y casi todos los cabos principales de la plaza; porque traian discurrido hacer un esfuerzo grande contra los bergantines, y mantener á todo riesgo el combate, hasta que retirada la persona de su rey entre tanto que duraba esta diversion de sus enemigos, pudiesen apartarse despues á seguirle por diferentes rumbos. Así lo ejecutaron, acometiendo á los bergantines con tanto ardimiento, que sin detenerse al estrago que hicieron las balas en lo distante, se acercaron muchos á recibir los golpes de las picas y las espadas. Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó

Sandoval reconoce la fuga.

Acércase á las embarcaciones enemigas.

Acometen á los bergantines.

Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remos seis ó siete piraguas por lo mas distante de la ensenada: y ordenó al capitan García de Holguin que partiese á darlas caza con el bergantin de su cargo, y procurase rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.

García de Holguin va en su seguimiento.

Nombró entre los demas capitanes á García de Holguin, tanto por lo que fiaba de su valor y actividad, como por la gran ligereza de su bergantin: diferencia que consistiria en el vigor de los remeros, ó en haber salido el buque mas obediente á los remos, circunstancias que suele dar el caso en este género de fábricas. Y él, sin detenerse mas que á tomar la vuelta, y alentar la boga, puso tanto calor en su diligencia, que á breve rato ganó alguna ventaja para volver la proa, y dejarse caer sobre la piragua que iba delante, y parecia superior á las demas. Pararon todas á un tiempo, soltando los remos al verse acometidas: y los Mejicanos de la primera dijeron á grandes voces que no se disparase, porque venia en aquella embarcacion la persona de su rey (segun lo interpretaron algunos soldados españoles, que ya sabian algo de su lengua); y para darse á entender mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantin, y saltando en la piragua, se arrojaron á la presa García de Holguin y algunos de sus Españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozin: y conociendo al capitan en el semblante de los otros, le dijo: « Yo soy tu prisionero, y quiero ir donde me « puedes llevar: solo te pido que atiendas al decoro « de la emperatriz y de sus criadas. » Pasó luego al bergantin, y dió la mano á su muger, para que subiese á él: tan léjos de la turbacion, que reconociendo á García de Holguin cuidadoso de las otras piraguas, añadió: « No tienes que discur- « rir en esa gente de mi séquito; porque todos se vendrán á morir « donde muriere su príncipe: » y á su primer seña dejaron caer las armas, y siguieron el bergantin como prisioneros de su obligacion.

Rinde la piragua que iba delante.

Dase á prision Guatimozin.

Lo que dijo á García de Holguin.

Ríndense las piraguas de su séquito.

Peleaba entre tanto Gonzalo de Sandoval con las canoas enemigas: y se conoció en su resistencia la calidad de la gente que las ocupaba, y el grande asunto de aquella nobleza, que tomó á su cargo la resolucion de facilitar á costa de su sangre la libertad de su rey. Pero duraron poco en la batalla: porque tuvieron brevemente la noticia de su prision; y pasando en un instante de la turbacion al desaliento, se convirtieron los alaridos militares en clamores y lamentos de mas apagado rumor. No solo se rendian con poca ó ninguna resistencia; pero hubo muchos de los nobles que hicieron pretension de pasar á los bergantines, para seguir la fortuna de su príncipe.

Batalla de los bergantines y canoas.

Saben los Mejicanos la prision de su príncipe.

Holguin pasa con su prisionero á Cortés.

Llegó entónces García de Holguin, despachando primero una canoa en diligencia con el aviso á Cortés, y sin acercarse demasiado al bergantin de Sandoval, le dió, como de paso, cuenta del suceso: y viéndole inclinado á encargarse del gran prisionero, continuó su viaje, temiendo que pasase á ser órden la primera insinuacion, y se hiciese delito de su obediencia la razon de su repugnancia.

Los que peleaban en la ciudad se retiran.

Continuábanse al mismo tiempo los ataques de la muralla dentro de la ciudad: y los Mejicanos, que se ofrecieron á defenderla para divertir por aquella parte á los Españoles, pelearon con admirable constancia y arrojamiento; hasta que sabiendo por sus centinelas el fracaso de las piraguas en que iba Guatimozin, se retiraron atropelladamente, volviendo las espaldas con mas señas de asombrados que de temerosos.

Conocióse luego la causa de aquella novedad, porque llegó entónces el aviso que adelantó García de Holguin: y Hernan Cortés, levantando los ojos al cielo, como quien reconocia el orígen de su felicidad, mandó luego á los cabos de su ejército que se mantuviesen á vista de las fortificaciones, sin pasar á mayor empeño hasta otra órden: y enviando al mismo tiempo dos compañías de Españoles al surgidero, para que asegurasen la persona de Guatimozin, salió á recibirle cerca de su alojamiento: cuya funcion ejecutó con grande urbanidad y reverencia, en que obraron mas que las palabras las señas esteriores; y Guatimozin correspondió en la misma lengua, procurando esforzar el agrado, para encubrir el despecho.

Cómo recibió Cortés á Guatimozin.

Cuando llegaron á la puerta, se detuvo el acompañamiento, y Guatimozin entró delante con la emperatriz, afectando que no rehusaba la prision. Sentáronse luego los dos, y él se volvió á levantar para que tomase Cortés su asiento: tan dueño de sí en estos principios de su adversidad, que reconociendo á los intérpretes por el puesto que ocupaban, rompió la plática, diciendo: « ¿Qué aguardas, « valeroso capitan, que no me quitas la vida con ese « puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siem- « pre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo « de una vez, y tenga yo la dicha de morir á tus manos, ya que « me ha faltado la de morir por mi patria. »

Entra con la emperatriz en el alojamiento de Cortés.

Notable despecho de su prision.

Quisiera proseguir, pero se dió por vencida su constancia, y dijo lo demas el llanto, llevándose tras sí las cláusulas de la voz y la resistencia de los ojos. Siguióle con ménos reserva la emperatriz: y Hernan Cortés necesitó de negarse á las instancias de su piedad, para no enternecerse. Pero dejando algun tiempo al desahogo de ambos príncipes, respondió á Guatimozin: « Que no era su prisionero, ni habia caido en « semejante indignidad su grandeza, sino prisionero

Prorumpe en lágrimas.

Lo que le respondió Cortés.

« de un príncipe tan poderoso, que no tenia superior en todo el « orbe de la tierra; y tan benigno, que de su real clemencia podia es- « perar no solamente la libertad que habia perdido, sino el imperio « de sus mayores, mejorado con el título de su amistad: que por « el tiempo que tardase la noticia de sus órdenes, seria respetado « y servido entre los Españoles de manera que no le hiciese falta la « obediencia de sus Mejicanos. » Y quiso pasar á consolarle con algunos ejemplos de coronas infelices; pero estaba muy tierno el dolor para sufrir los remedios, y temió la empresa de reducirle sin mortificarle: porque no se hicieron los consuelos para reyes desposeidos; ni era fácil buscar la conformidad en el ánimo, cuando faltaba Dios en el entendimiento.

No se atrevió á consolarle entónces.

Era Guatimozin mozo de veintitres á veinticuatro años, tan valeroso entre los suyos, que de esta edad se halló graduado con las hazañas y victorias campales que habilitaban á los nobles para subir al imperio. El talle de bien ordenada proporcion: alto sin descaecimiento, y robusto sin deformidad. El color tan inclinado á la blancura, ó tan léjos de la oscuridad, que parecia estrangero entre los de su nacion. El rostro, sin faccion que hiciese disonancia entre las demas, daba señas de la fiereza interior: tan enseñado á la estimacion agena, que aun estando afligido, no acababa de perder la magestad. La emperatriz, que seria de la misma edad, se hacia reparar por el garbo y el espíritu con que mandaba el movimiento y las acciones; pero su hermosura, mas varonil que delicada, pareciendo bien á la primera vista, duraba ménos en el agrado que en el respeto de los ojos. Era sobrina del gran Motezuma, ó segun otros, su hija: y cuando lo supo Hernan Cortés, repitió sus ofrecimientos, dándose por nuevamente obligado á reconocer en su persona lo que veneraba la memoria de aquel príncipe. Pero le tenia cuidadoso la necesidad de volver á su ejército, para que se acabase de rendir aquella parte de la ciudad que ocupaban los enemigos: y cortando la conversacion, se despidió cortesanamente de sus dos prisioneros. Dejólos á cargo de Gonzalo de Sandoval, con la guardia que pareció suficiente: y ántes de partir le avisaron que le llamaba Guatimozin, cuyo intento fué interceder por sus vasallos. Pidióle con todo encarecimiento: « Que no los maltratase, ni ofendiese; « pues bastaria para rendirlos la noticia de su prision. » Y estaba tan en sí, que conoció á lo que se apartaba Hernan Cortés: cabiendo entre sus congojas este notable cuidado, verdaderamente digno de ánimo real. Y aunque le ofreció cuidar de que se les hiciese todo buen pasage, dispuso tambien que le acompañase uno de sus ministros: mandando por este medio á la gente de guerra, y

Prendas personales de Guatimozin y de la emperatriz.

Era sobrina de Motezuma, ó segun otros, su hija.

Trata Cortés de volver al ejército.

Llámale Guatimozin para interceder por sus vasallos.

Nombra un ministro que acompañe á Cortés.

al resto de sus vasallos, que obedeciesen al capitan de los Españoles, pues no era justo provocar á quien le tenia en su poder, ni dejar de conformarse con el decreto de sus dioses.

Estaba el ejército en la misma disposicion que le dejó Cortés, sin que se hubiese ofrecido novedad: porque los enemigos, que se retiraron al primer asombro en que los puso la prision de su rey, se hallaban sin aliento para defenderse, y sin espíritu para capitular en la forma de rendirse. Entró delante á verse con ellos el ministro de Guatimozin: y apénas les intimó la órden que llevaba, cuando se acomodaron á lo que deseaban, haciendo que obedecian.

Salen rendidos los Mejicanos.

Ajustóse, por la misma interposicion de aquel ministro, que saliesen desarmados, y sin llevar Indios de carga: lo cual ejecutaron tan apresuradamente, que ocuparon poco tiempo en la salida. Hizo admiracion el número de la gente militar que tenian despues de tantas pérdidas. Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia, ni mal pasage: y eran tan respetadas las órdenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados, que tanto los aborrecian.

Miserias que se hallaron en la ciudad.

Entró despues el ejército á reconocer por aquella parte lo último de la ciudad; y solo se hallaron lástimas y miserias, que hacian horror á la vista, y miedo á la consideracion: impedidos y enfermos, que no pudieron seguir á los demas, y algunos heridos, que pretendian la muerte, acusando la piedad de sus enemigos. Pero nada fué de mayor espanto á los Españoles que unos patios y casas yermas, donde iban amontonando los cuerpos de la gente principal que moria peleando, para

Olor intolerable de los muertos.

celebrar despues sus exequias: de que resultaba un olor intolerable, que atemorizaba la respiracion: y á la verdad, tenia poco ménos que inficionado el aire, cuyo recelo apresuró la retirada. Y Hernan Cortés, señalando sus

Gente que dejó Cortés en la ciudad.

cuarteles á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Alvarado fuera de aquel parage sospechoso, y dadas las órdenes que parecieron convenientes, se retiró con

Retirase á Cuyoacan con los prisioneros.

sus prisioneros á Cuyoacan, llevando consigo el trozo de Cristoval de Olid, entre tanto que se limpiaba de aquellos horrores la ciudad, donde volvió dentro de pocos dias, para tratar de lo que parecia necesario en órden á mantener lo conquistado, y atender á las demas prevenciones y cuidados, que ya se venian al discurso como consecuencias de aquella felicidad.

Ganóse Méjico dia de san Hipólito.

Sucedió la prision de Guatimozin, y la total ocupacion de Méjico, á trece de agosto en el año de mil y quinientos y veintiuno, dia de san Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aquella ciudad la fiesta de este insigne mártir, con título de patron. Duró el sitio noventa y tres dias: en

cuyos varios accidentes, prósperos y adversos, se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés: el esfuerzo infatigable de los Españoles: la conformidad y la obediencia de las naciones amigas: concediendo á los Mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa, y á la de su rey, hasta la última obligacion del espíritu y de la paciencia.

Dase principio á la nueva formacion de aquella monarquía, que se incorporó con la corona de Castilla.

Preso Guatimozin, y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes: unos á la opinion, y otros á la diligencia de las armas: y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía, que mereció el nombre de Nueva España: debiendo el máximo emperador Cárlos Quinto á Fernando Cortés, no ménos que otra corona digna de sus reales sienes. ¡Admirable conquista, y muchas veces ilustre capitan! de aquellos que producen tarde los siglos, y tienen raros ejemplos en la historia.

FIN.